



á recobrar la corona; y reconocido generalmente, se reconcilió con el czar, al cual se unieron tambien Dinamarca y Prusia, y se declaró la guerra á la Suecia, que no tenía para defenderse más que un pequeño número de reclutas. El emperador y otros príncipes tomaban tambien parte en aquel conflicto, para hacer respetar los Estados germánicos. Luis XIV hacia todo lo posible por dividir á los enemigos de la Suecia y sostener á Lesczynski, cuya elevacion habia sido el objeto principal de Carlos. Pero la regencia sueca conocia que era imposible pensar en restablecer al rey de Polonia, cuando ella se encontraba apenas en estado de defender sus hogares.

En medio de la humillacion del país, los aristócratas, abatidos por Carlos XI, recobraban osadía, y no les faltaban motivos para declamar contra el despotismo, cuando la terquedad de Carlos XII en suscitar enemigos á la Rusia á orillas del Danubio y el mar Negro, permitia á aquella potencia arrancarle sus mejores adquisiciones en el Báltico. Desesperando, en fin, Carlos de hacer entrar á la Turquía en sus planes, se decidió á volver.

Dinero tomado á usura le puso en estado de desplegar un lujo increíble en una embajada que envió á Constantinopla para pedir un empréstito; pero el sultan le contestó que sabia dar, y que consideraba indigno el prestar. Regalóle magníficas armas, soberbios caballos árabes, y le dió trescientos hombres para su escolta. Habiéndose separado Carlos de los suyos, atravesó de incógnito, con un solo hombre, la Valaquia, Transilvania, Hungría, el Austria, y llegó en diez y seis dias á Stralsund, sin haberse acostado en una cama.

Al momento, como si se encontrase aún en los dias de su omnipotencia, intimó al rey de Prusia la entrega de Stettin y de otras plazas de Pomerania que tenía ocupadas, y que le habian dejado en depósito las demas potencias; y rehusando los millones que se le ofrecieron para que desistiese de su pretension, entró con los suecos en el territorio prusiano, animado por la Francia, que habia renovado su alianza con él, y prometia grandes subsidios. Pero los aliados del Norte sitiaron á Stralsund, estre-

chándola de tal manera que Carlos, el tenaz Carlos se vió reducido á proponer la paz. Tocóle entonces su vez de sufrir una negativa, y huyó de la ciudad, que fué ganada por el enemigo, volviendo á sus hogares sin más recurso que su valor.

Como acontece por lo comun cuando ha pasado el peligro, la discordia no tardó en estallar entre los aliados, á los cuales se habia unido el Hannover. El czar Pedro, aunque le gustaba ver humillada á la Suecia, no queria, sin embargo, dejarla someterse á la Dinamarca, y preferia conservar dos Estados débiles y rivales. La Polonia no sufría que Augusto retuviese, á expensas de la república y con peligro de la libertad, las tropas sajonas, cuando ya no habia motivo para ello: en su consecuencia, el ejército, conforme al uso nacional, se confederó para expulsarlas, y resultó una guerra que duró hasta que el rey se comprometió, por el tratado de paz de Varsovia, á licenciar á los sajones, excepto su guardia, á no declarar la guerra al extranjero sin consentimiento de la dieta, y á no permanecer ausente más de tres meses al año. Por tanto, Augusto se vió privado de mezclarse en la guerra del Norte. El rey de Dinamarca era el alma de ésta, sostenido por la Inglaterra y la Holanda, que estaban irritadas contra Carlos porque dejaba que los corsarios atacasen á todo buque que llevase provisiones á sus enemigos. Habiéndose puesto el czar al frente de la escuadra, parecia encontrarse en visperas de invadir la Scania, cuando vaciló y esforzó sus pretensiones con respecto á Dinamarca. Como no se le atendiese, rompió con aquella potencia: de este modo la Suecia se salvó de un gran peligro, y habiendo obtenido todos en particular lo que deseaban, se disolvió la liga.

El baron de Gortz, despues de haber contribuido por su parte á la prosperidad del Holstein, habia entrado al servicio de Carlos en calidad de ministro. Era un hombre diestro, pero que confiaba demasiado y únicamente en las intrigas de la diplomacia. Encargado de ésta y al frente de la administracion de la Hacienda, se dedicó á llenar el tesoro con todos los recursos del crédito, arte aún novicio, re-



curriendo á las obligaciones del Estado, á los empréstitos, á la alteracion de la moneda; y para desbaratar las intrigas se hizo conferir plenos poderes.

Aquel hombre de estado, dotado de una grande astucia, se entendia con el cardenal Alberoni, que teniendo recursos para todo, se proponia reformar las rentas de España, como Gortz las de Suecia. Ambos ministros trataban de disminuir el poder de Francia é Inglaterra, asociar la locura de Carlos á la de los jacobitas, y conseguir que este príncipe desembarcase en las costas británicas, y se pusiese á la cabeza de los partidarios del pretendiente. Eran arterias para proporcionarse dinero; pero en efecto, Pedro se vió obligado á celebrar un tratado particular con la Suecia y la España, que podia cambiar el aspecto de la política.

Mientras se negociaba, proseguia Carlos las hostilidades; queriendo conquistar la Noruega, como indemnizacion de las pérdidas que habia sufrido en el Báltico; pero fué muerto en el sitio de Fredericshall, á la edad de treinta y seis años: díjose entonces que le habia herido una bala enemiga; pero en el dia se cree fué asesinado. Dejó á la Suecia decaida del alto lugar á que se habia elevado, empobrecida, despoblada, sin comercio ni posesiones.

Carlos Federico de Holstein-Gottorp, su sobrino y discípulo, perdió, por demasiada confianza en su herencia, la ocasion de hacerse elegir. Cansado el país de héroes, temió que conservase las ideas del tío, que le habia educado; y proclamó á Ulrica Leonor, princesa de Hesse-Cassel, hermana del difunto; la cual, no pudiendo ostentar pretensiones dinásticas, aceptó todas las condiciones, y tuvo que renunciar á la soberanía, esto es, al despotismo introducido por Carlos XI. El partido patriota, es decir, aristocrático, volvió otra vez á prevalecer. Establecióse que las tres clases de señores, caballeros y simples nobles, no votarian ya por curias, de modo que formasen tres votos colectivos, sino que habria un voto para cada una de las dos mil familias nobles, para cada individuo del alto clero y cada consistorio, provincia ó ciudad, lo cual aumentó la importancia de la pequeña nobleza. Permittedse á los nobles dedi-

carse al comercio, y se prohibió á la clase media comprar los bienes de aquéllos. La dieta debia convocarse á lo ménos cada tres años; y era verdadera representante de la nacion y depositaria del poder soberano. Un senado de diez y seis miembros dirigia los negocios, en union del rey, á veces sin él y hasta á pesar suyo. Así se consumó la ruina de la Suecia, pues el gobierno se puso en manos de una aristocracia venal, deseosa de gobernar, y cuyos intereses eran opuestos á los de la nacion. Aquella revolucion produjo otra en 1772.

Ulrica mandó prender á todos los partidarios del Holstein y enjuiciar á Gortz por crímenes imaginarios; este ministro fué decapitado, sin que le fuese permitido dar cuentas, lo cual se tuvo por una intriga urdida á fin de evitar que se supiese que el dinero que habia quedado en el Tesoro á la muerte de Carlos habia sido robado por la reina y sus parciales. Gortz pidió que se pusiese en su sepulcro esta inscripcion: «En el momento de dar la paz al mundo, el héroe á quien servia ha perecido, y con él la monarquía. ¡Dios salve al país de peores males! Muere tambien, y es hermoso morir al mismo tiempo que su rey y la monarquía. *Mors regis, fedesque in regem et ducem meum mors mea.*» Gortz fué una de esas víctimas expiatorias sobre las cuales se descarga el odio público. La Suecia, reducida por un monarca insensato al último extremo, se alegró al saber el asesinato de aquel que en cierto modo habia reparado los desastrosos efectos de las locuras de Carlos. Lo peor de tal injusticia fué haber interrumpido los tratados que aquel ministro se hallaba próximo á concluir con el czar, quien al contrario se unió á la Francia y á la Inglaterra para no perder sus provincias. En su consecuencia, desembarcó en el territorio sueco, lo asoló, y llenó de terror á Estokolmo. Fueron destruidas ocho ciudades, ciento cuarenta castillos, mil trescientas sesenta y una aldeas, cuarenta y tres molinos, diez y siete almacenes, dos fundiciones de cobre y catorce de hierro, con extensos bosques; y los invasores se llevaron consigo gran cantidad de animales. Este fué el golpe de gracia para la Suecia.

Los ingleses enviaron una escuadra que pro-





tegiere á Estokolmo, y se celebró la paz con ellos, cediendo á su rey, como elector de Brunswick-Luneburgo, los ducados de Bremen y de Werden, y formándose una liga entre ambos Estados, con objeto de detener los progresos del czar en el Báltico. Se acordó una tregua con la Polonia, que luego se perpetuó. Hizose la paz con la Prusia, cediéndole á Stettin, el distrito situado entre el Oder y el Peene, y otros territorios, como tambien las ciudades de Damm y Golnau con sus dependencias mas allá del Oder. Dinamarca, que habia conquistado gran número de países, pretendia conservarlos; pero como no se queria excluir enteramente á Suecia de la Alemania, se convino en que Dinamarca resituiria la parte ocupada de la Pomerania hasta el Peene, Stralsund, la isla de Rügen y las ciudades de Marstrand y Wismar, al paso que Suecia renunciaria á la exencion de peaje en el Sund y en ambos Belt, comprometiéndose á pagar 600.000 rixdalers; y la mitad del Schleswig perteneceria á Dinamarca. Pero lo más importante era que esta potencia habia abatido á su rival; y sus reyes conocieron que no convenia buscar conquistas ni mezclarse en una política que pudiese arrastrarlos á la guerra, sino atender á la prosperidad interior. No tardó Ulrica en abdicar á favor de Federico, su marido, y se pusieron entonces nuevas restricciones al poder real.

Pedro continuó las devastaciones, hasta que la mediacion de la corte de Francia puso término á la guerra del Norte con la paz de Nystadt. Suecia cedia á Rusia la Livonia, La Estonia, la Ingria, parte de la Carelia, y la Curlandia. Pero restituia la Finlandia, con 2.000.000 de rixdalers, en compensacion de la Livonia; se comprometia á no mezclarse en la administracion interior de la Suecia y á dejarle comprar cada año granos por valor de 50.000 rublos, en Riga, Revel y Arensburgo. Los polacos, disgustados de las tropas rusas que ocupaban su país, se unieron á la Suecia, con la que renovaron la paz de Oliva, garantizándose mutuamente su independencia contra las amenazas del czar. El duque de Holstein, excluido del trono de Suecia, que Pedro le habia asegurado, despojado de su patrimonio por los daneses, tuvo

que guardar silencio; pero su descendencia estaba destinada á suceder al vencedor de Carlos.

Suecia se encontró entonces reconciliada con todas las potencias, y despojada de casi todas sus posesiones en Alemania, y de los privilegios para el paso de los estrechos. Rusia, al contrario, de potencia asiática que era, se habia convertido en europea, y sus ejércitos habian adquirido reputacion. Millares de suecos prisioneros sirvieron para instruir á sus tropas y á sus habitantes, y para establecer manufacturas. Pedro solemnizó con grandes fiestas este acontecimiento, poniendo en libertad á los encarcelados, excepto á los asesinos y reos de lesa majestad; anuló los créditos del Tesoro: tuvo el título de grande, de padre de la patria; y el de emperador de todas las Rusias; manifestó oficialmente el predominio que habia adquirido en el Norte.

Dirigió entonces más eficazmente la energía de su indomable voluntad hácia la civilizacion de su país. La fangosa isla del Neva, desecada á costa de muchos millares de hombres, sostuvo pronto la mejor construida de todas las capitales de Europa, mientras que el czar residia en una choza que apenas contentaria á un artesano, y que los rusos muestran aún con orgullo, como señal de lo que debe soportar el que quiera llevar á cabo grandes cosas. Desde allí preparaba contra la Europa una ciudad, una nacion, una historia, teniendo que retroceder hasta él los que aspiren á comprender la Rusia moderna.

El censo entonces formado en el imperio ruso dió doscientas setenta y una ciudades, cuarenta y cuatro mil villas, setecientas quince mil aldeas, cinco millones noventa y un mil ochocientas cincuenta y siete personas, sujetas á la capitacion, sin contar doscientos cincuenta mil hombres empleados en los ejércitos y en la marina, toda la nobleza, los magistrados eclesiásticos y civiles y los propietarios. Pedro dispuso en los caminos posadas, casas de postas, piedras miliarias; estableció un hospital, sacó rebaños de Sajonia y Polonia para proporcionarse lanas indígenas; estableció fábricas de paños, papel y telas; hizo explotar minas de hierro y fundir cañones. Pensaba tambien en



atraer á sí el comercio de la seda de Persia, con cuyo objeto mandó explorar el Mar Caspio, y fundó una sociedad de comercio en Skamackia en el Chirwan; pero los lesgos la atacaron y destruyeron, robando los almacenes. Empuñó, pues, Pedro las armas; y habiendo llegado con grandes dificultades al Mar Caspio, entró en Derbent.

En seguida el usurpador de la Persia, á fin de obtener socorros, le cedió dicha ciudad, la de Bakoa y algunas provincias del Mar Blanco, al Caspio y al Báltico; envió tambien al capitán Vidal Bhering á reconocer si el Asia estaba separada de la América, el cual descubrió el estrecho que conserva su nombre (1708). Tenia tan elevada idea del servicio de la marina que decia: «Si no fuera emperador de las Rusias, quisiera ser almirante inglés.» Los pedidos del golfo de Finlandia no le permitieron trasladar á Petersburgo el comercio del Arcangel; sin embargo, vió á fines de su reinado mil doscientos barcos entrar en sus puertos, y dejó cuarenta buques de guerra y doscientas galeras. Pero no le fué posible emplear en la marina y artilleria más que á extranjeros.

La imprenta comenzó entonces á producir en la Rusia algo de más importancia que almanques; y si un sacerdote publicó, por su medio, que Pedro era el anticristo, otro le contestó negándolo, porque el número 666 apocalíptico no se encontraba en su nombre, ni llevaba la señal de la gran bestia. Tal era la ignorancia del país. El que sabia calcular con bolas ensartadas, era considerado como un sabio; los sacerdotes apenas sabian leer; la embriaguez era un vicio universal. Por tanto, el czar animaba á los jóvenes á estudiar en las universidades extranjeras. Estableció en Rusia una escuela de náutica, y otras para la enseñanza de las ciencias aplicadas, é hizo corregir los mapas. Excitó á traducir libros y sostuvo una correspondencia con Leibnitz; fundó además en Petersburgo una academia de ciencias y un gabinete de historia natural; y para atraer á él á los curiosos, hacia distribuir allí refrescos. Puede decirse, en suma, que no pasaba mes sin alguna innovacion.

Para improvisar de aquella manera le era

preciso ejercer un poder despótico. A la verdad, la costumbre del servilismo era ingénita en el país; allí el hijo era esclavo del padre, la mujer del marido, el campesino del señor. El vulgo, sumergido en la miseria, creia que el paraíso no se habia hecho para él, sino para los boyardos y los príncipes. Sin embargo, tanto los boyardos como los príncipes eran azotados por las calles si robaban, sin privarles de su categoría por esto, ni creerlos evilecidos por el castigo ni por la culpa; y daban gracias al czar, cuando en las fiestas se dignaba azotarlos ó mutilarlos para divertirse. Romanowski, tan inexorable y poderoso como su señor, tenia en su antecámara un oso que ofrecia agua y pescado á las personas que llegaban, arrancando los vestidos de encima á los que bebían de mala gana. Este ministro quiso dar muerte, como hechicero, á un geómetra que adivinó cuántos ladrillos habia en un monton de forma regular.

Pero aunque sin dignidad, la nobleza estaba llena de pretensiones; y precisamente, para no hallarse en lucha con el antiguo espíritu moscovita, Pedro trasladó su residencia de Moscou á Petersburgo, ciudad situada tan lejos del centro, que llegará una época en que sea imposible gobernar desde allí las provincias. Se dedicó despues á destruir el feudalismo, acudiendo el gran recurso de la revolucion, es decir, al patíbulo. Habiendo conseguido poseer de esta manera la autoridad más completa, dividió el pueblo en catorce clases, que no se derivaban ni del nacimiento ni del nombre, sino sólo del favor del príncipe, cada una con sus privilegios propios, y correspondientes á grados militares. Los individuos de la décimacuarta clase se acercan á los siervos; mas no pueden ser azotados por sus amos. Existe, pues, en el país un movimiento continuo, ascendente y descendente; ambicion universal, que no puede ser satisfecha sino por un solo hombre, y que por lo mismo mantiene á todos en la docilidad. Pedro substituyó al antiguo consejo de los boyardos un senado de ocho personas, á que estaban subordinados los demas oficios. Las contribuciones no se cobraban ya por los boyardos, sino por la clase media, incapaz de resistir á la voluntad soberana; cesaron, pues, los boyardos de





ser interrogados acerca de las leyes; sus campesinos fueron separados del terruño por ser alistados en el ejército permanente; sus hijos se vieron precisados á servir en la milicia; y como algunos recurrieran á la astucia para librarse, dispuso Pedro que á todo noble, desde diez á treinta años, que no se hiciese inscribir en los alistamientos, se le confiscaran los bienes, convirtiéndose éstos en propiedad del denunciador, aunque fuese su esclavo.

El poder del patriarca, rodeado de una brillante jerarquía, repugnaba á aquella autocracia de hierro. Así, en cuanto murió aquel dignatario, Pedro nombró en su lugar un vicario ó exarca, en cuyo tribunal se decidían los negocios ménos importantes; los más graves los resolvía el príncipe ó una asamblea de obispos reunidos en Moscou. Duraron las cosas de esta manera veinte años, en los cuales Pedro dispuso de las cosas eclesiásticas; abolió el uso del beso que se daban á la entrada de año el jefe de la Iglesia y el del Estado; gravó los beneficios, y á medida que moría un arzobispo ó un metropolitano, sustituía en su lugar un simple obispo. Entre tanto multiplicaba los decretos de forma: mandó que se hiciese el catálogo de los frailes, y prohibió que ninguno pasase de su convento á otro sin dimisoria, queriendo que se excluyese á los legos y á toda persona extranjera, que ninguno tuviese en su celda tintero y pluma sin permiso expreso, y que nadie erigiese nuevos monasterios. Formó también una lista de sacerdotes y clérigos, obligándolos á mandar á sus hijos á las escuelas; determinó la edad é instruccion necesarias para recibir las órdenes, prescribió el secreto y la dulzura en la confesion y las penitencias.

Después de haber dispuesto los ánimos con una vacante de veinte años, declaró su intencion de no nombrar patriarca: y como algunas personas quisiesen oponerse, se golpeó el pecho diciendo: *Ved á vuestro patriarca*. Con el inmenso patrimonio de éste, aumentó las rentas públicas: en el reglamento eclesiástico, creó un *santísimo sínodo director*, elegido por todas las clases del clero, y encargado de vigilar el dogma, el culto y la instruccion pública; de nombrar las personas para los beneficios eclesiásticos,

salva la aprobacion del czar y de los patronos; de examinar los candidatos para los empleos del obispo, de dar dispensas, resolver los casos matrimoniales, juzgar los asuntos eclesiásticos y administrar los bienes de la Iglesia. El número de los individuos del sínodo no está determinado; pueden hasta ser legos, y uno de ellos con el título de procurador representa al czar, y ejerce el derecho de veto. En un ukase dirigido á aquel sínodo organizó Pedro las órdenes monásticas, que encontraba demasiado numerosas y degeneradas, pero sin embargo necesarias, tanto para ofrecer un asilo á los que se sienten especialmente llamados á la vida solitaria, como para ser un plantel de obispos, teniendo la Iglesia griega la costumbre de no sacarlos sino de los monasterios. Pero la diferencia del clima (decía) no permite que vivan como en el Mediodía, donde primero se establecieron; la ociosidad los corrompe y los hace parecer ridículos á los extranjeros, acudiendo á los conventos personas de la plebe porque encuentran allí su bienestar. De consiguiente es preciso que se dediquen al bien público; que los soldados inválidos se repartan en los monasterios para ser servidos por los monjes; y si aún quedan algunos sin ocupacion, que labren las tierras, y que las monjas cuiden de los enfermos é instruyan á los huérfanos hasta la edad de siete años, ó hilen. Mandó que los conventos de educacion instruyesen á la juventud hasta los treinta años, ya eligieran la vida seglar, ya el estado eclesiástico. Para entrar en el clero, se requiere un noviciado de tres años, y sólo á los cincuenta se pueden pronunciar votos. Al juramento que prestaban los obispos de desempeñar dignamente su jurisdiccion pastoral, añadió el de no excomulgar á nadie por odio personal, portarse pacíficamente, gobernar á los fieles segun los cánones y la disciplina, no dejar construir más iglesias que las necesarias, no ordenar sacerdotes ni diáconos por interés, visitar dos veces al año la diócesi, y no mezclarse en las cosas temporales. Quitóse, pues, á los obispos el derecho de imponer penas aflictivas.

La Iglesia rusa, tal como fué organizada por el czar Pedro, tiene en cada catedral un



protopapa, dos tesoreros, cinco papas, un protodiácono, cuatro diáconos, dos lectores, dos sacristanes, y treinta y tres coristas. Las iglesias parroquiales tienen dos papas, dos diáconos, dos coristas y dos sacristanes. El juramento del clero ruso es más servil que en Inglaterra: «Juro fidelidad y obediencia, como servidor y súbdito de mi legítimo soberano, y de los sucesores que le plazca nombrar, en virtud de la autoridad suprema de que está revestido. Lo reconozco por juez supremo de esta asamblea espiritual. Juro en nombre del Dios que todo lo ve, que creo hacer este juramento en el sentido y fuerza que los términos manifiestan á todos los que oyen ó leen esta fórmula.»

En suma, Pedro varió completamente la civilizacion de la Rusia, introduciendo una material, es decir, de artes y de industria, sin comenzar por el corazón, sin dar idea de derechos, de deberes, de propiedad, ni instituciones sociales y religiosas, fundadas en la índole del país y en la historia. Despreciando profundamente á su nacion, se propuso corregirla, no desarrollando en ella los elementos naturales é históricos, sino precisándola á modelarse con arreglo á los patronos extranjeros, como si hubiese querido introducir las cabezas kalmucas al tipo francés. Pero hasta de la cultura extranjera introdujo tan sólo las formas exteriores, y en la clase elevada. La civilizacion alemana, más popular, se propagó, por el contrario, entre el pueblo; de aquí la inmensa distancia que aún subsiste entre éste y los señores. Por lo mismo, aquella cultura no pareció al mayor número más que un ultraje á la nacionalidad. La dignidad humana no se manifestó en ninguna institucion, ni se esparcieron gérmenes de mejora en las masas que constituyen, sin embargo, la fuerza vital de las naciones. Embrutecida la poblacion por una larga servidumbre, tenía necesidad de un amo para disponerse á acometer grandes empresas; encontróle en Pedro, despótico por temperamento, por educacion, por superioridad de genio, quizá también por necesidad, y que conculcaba las preocupaciones nacionales. La órden mandando que todos se cortasen la barba, ó pagasen 100 rublos al año, disgustó más que ninguna otra, no tan-

to por ser un insulto al derecho que cada uno tiene de ser dueño de su persona, como por la supersticion de considerar vilipendiada la criatura de Dios con pretender corregirla y de creer que San Nicolás no conocería, desfigurado de aquella suerte, al pueblo por él protegido. Se prohibió presentarse en la corte con traje nacional, y exceptuando á los eclesiásticos, á los aldeanos, á los cosacos, kalmucos ó tártaros, si alguno llegaba á una ciudad con el traje talar del país, era obligado á cortarlo segun el modelo colgado de las puertas. Las mujeres encerradas hasta entonces con tanta severidad, pudieron participar de la sociedad de los hombres, y se presentaron vestidas á la europea en las reuniones que introdujo el czar. En lugar de escribir en rollos, dispuso Pedro que se hiciese en hojas de papel, como en los demas pueblos de Europa. Dispensó de las tres cuasmas á los obreros, y á los militares de comer de vigilia, intimando á los capellanes que diesen el ejemplo. Era costumbre en las bodas de personas del vulgo no encender fuego, ni beber más que aguardiente é hidromiel; pero Pedro, observando rigorosamente este uso al verificarse su matrimonio, hizo conocer sus inconvenientes, y logró que se abstuviesen de él en adelante.

Mandó que empezara á contarse el año, no desde el 10 de Setiembre, sino en Enero, lo que pareció á los súbditos una subversion del órden de la creacion, pues ésta, segun ellos, habia acaecido en otoño: por su parte la Europa pudo imputarle el no haber adoptado la reforma gregoriana. Pedro sabía que sus súbditos odiaban á los extranjeros, á quienes consideraban impíos y ateos, y sin embargo, los obligó á enviar á sus hijos entre ellos para educarse. El patriarca habia prohibido el tabaco como cosa impura, y Pedro concedió su privilegio á una compañía inglesa. Hizo ridículas parodias de los ritos del culto griego, que queria abolir; y con objeto de no parecer que se inclinaba á la Iglesia latina, celebró la fiesta del cónclave, en la que era elegido papa por cardenales ébrios un viejo chocho, y pronunciaban su elogio cuatro tartamudos.

En resúmen, cuando Pedro se habia pro-